

CARICATUROS

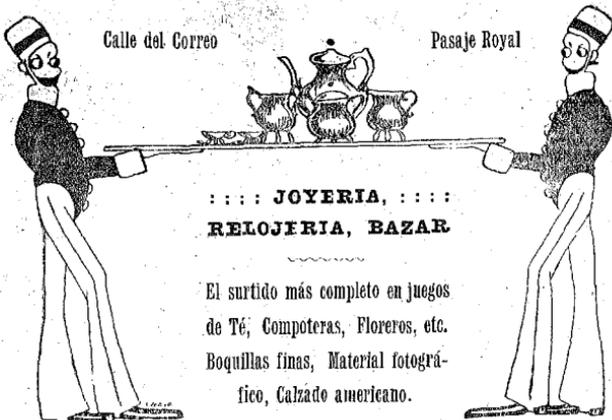


... Pero caramba, cuantos muertos, cuantos heridos en Gua yaquil
... Y cómo nos hemos reído en Quito... ja, ja, ja... Julio E. River
Nicolás F. López, Alejandro Mancheno... TV, TV, TV...!!!

Almacenes de Guillermo López

Calle del Correo

Pasaje Royal



..... JOYERIA,
RELOJERIA, BAZAR

El surtido más completo en juegos
de Té, Computeras, Floreros, etc.
Boquillas finas, Material fotográ-
fico, Calzado americano.

Precios bajos. Artículos de primera clase.

An advertisement for Sello Royal Soap. The central illustration shows a soap box with the text 'Sello Royal JABON' and 'ITALIA'. The box is surrounded by decorative elements, including a sunburst and the text 'DE MARCA REGISTRADA'. The text 'BARRATO' is written vertically on the right side, and 'HOOZOHOO' is written vertically on the left side. At the bottom, it says 'G.P. Thomson & Co. FABRICANTES Philadelphia Pa. U.S.A.'

Teléfono 3 9 0

Apartado 2 9 7

Manuel M. Rojas

Confeciona toda clase de vestidos al gusto
más exigente.—Especialidad en trabajos para
militares.



ALCAIRA

SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO N.º 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

AÑO II

Quito, Mayo 16 de 1920

NÚMERO 67

ACTUALIDADES

Estos dos hombres se encuentran en la calle. Deben ser amigos o compadres o vecinos o no importa qué; para encontrarse en la calle y charlar unos minutos no hace falta gran cosa. Además el tráfico no les molesta. Parece que tampoco les impedirá en toda la mañana, en toda la tarde, en todas las horas que gusten estarse allí, ubicados en media calle, leyendo el periódico que se han comprado. Porque estos dos hombres, que son dos ciudadanos modestos, irónicamente y pacíficos, se pagan el placer de adquirir un diario. Estar bien informado, asegura alguien, es el ideal del hombre moderno. Pero estos dos hombres, sin aspirar a ser modernos, quieren estar bien informados; lo cual tampoco tiene nada de particular. Y así, sin darse prisa, sin inquietarse mucho ni poco porque las horas pasan, ubicados en la mitad de la calle, han ido, leyendo las longanizas de ideas que forman las columnas de un periódico. Y cosa extraña, sus aspiraciones de alma cenar noticias diferentes y sensacionales han fracasado. Ese diario, como todos los diarios, no habla sino de una sola cosa. De algo que carece absolutamente de interés para sus fisonomías de abonados a todos los espectáculos que se contemplan desde las piedras de la calle. Hablar sólo de elecciones o columnas de columnas, por arriba, por abajo, por delante y por detrás, esto es casi inaudito. Cinco centavos, un pequeño capital gastado inútilmente. Deberían llorar, pero no, no lloran, la experiencia de sus vidas callejeras les ha enseñado que es mejor reír, y reír mucho, reír hasta más no poder ante todas

las cosas inevitablemente tristes. Y por eso se ríen de las elecciones, y de los candidatos y de los que triunfan y de los que fracasan, y se ríen del Gobierno, de los que lo apoyan, de los que lo combaten, de las imposiciones, de las oposiciones, de los policías y soldados disfrazados de hombres y de los que sin disfraz se aburren en una esquina, o tendidos paiza arriba, en el patio de un cuartel, reciben las caricias del buen sol. Y se ríen de los que en Guayaquil se matan; y también de los otros que como ellos, se ríen en Quito de todas estas cosas.

Ellos leen en el periódico listas de los que han resultado elegidos representantes. Nombres, nombres, nombres que ni siquiera los han oído, gentes que no conocen, porque no conocen a nadie que viva un kilómetro fuera de la ciudad. Y de los representantes de aquí,—oh! eso ya es diferente, el caminar sin hacer nada, mirar el paso de un entierro, el paso de las nubes, enseña muchas cosas, y sobre todo enseña a reír...

Es una profunda filosofía que todos debemos aprender para sentir lo dulce de la vida. Es la suprema política. Es lo racional.

Qué encanto para ellos sentir la proximidad del cambio de Gobierno, no por la inutilidad del presente, ni por las esperanzas del futuro, sino por el espectáculo callejero, por ver la carroza presidencial, la cola de coches, los uniformes de diplomáticos, las gentes conocidas, las libreas, etc., etc. ¡Qué hermoso es todo aquello!

¡Ojalá hubiera cada mes cambio de Gobierno....

JORGE A. DIEZ

Jorge A. Diez, nuestro querido amigo y compañero, recientemente nombrado profesor de Literatura e Historia del Colegio 9 de Octubre de Machala, parte mañana con dirección a esa ciudad a desempeñar el difícil y delicado cargo que el I. C. de I. P. le ha confiado.

Jorge A. Diez, uno de los fundadores de este semanario, ha trabajado siempre en él, con el mismo entusiasmo del primer día, sin que su voluntad y su energía cedan un momento ante la dureza de la labor constante. A su claro talento, debe «*Caricaturas*», gran parte de sus éxitos y del prestigio conquistado.

Porque Jorge A. Diez es un rebelde y un batallador.

Su pluma infatigable, nunca retrocede, ni camina por los torcidos senderos, los inútiles rodeos para decir lo que siente. Y, su mayor placer consiste en derribar fastuosidades de plomo con la dulce crueldad de una ironía.

Nuestro compañero se aleja del cenáculo, porque la vida es así; pero las páginas de «*Caricaturas*» seguirán sintiendo el calor animador de su espíritu.

Acompañen, pues, al compañero que parte, nuestro cariño y optimismo por su triunfo.

que para ello, se lleva su juventud
y su talento.

L. L. R. R.,

GAZAPOS PERIODÍSTICOS

“El Día” del miércoles 12 de Mayo publica el discurso pronunciado por el Sr. Dr. Dn. Enrique Gallegos Anda en la instalación de la “Gota de Leche”.

Un discurso admirable. Podríamos llamarlo: literario, técnico, estadístico y sentimental. Allí habla el doctor Gallegos Anda de una multitud de cosas; probablemente de todo lo que sabe. Empieza con una declaración original, pues que confiesa ser campesino, detalle que ignorábamos; y termina viendo, (en esos momentos en que leía el discurso) como un coro de serafines a una multitud “de niños lozanos, sonrientes con el biberón entre los labios”. Los que tuvieron la suerte de oír el discurso del Dr. Gallegos deben haberlo visto en esos sublimes instantes de su visión maravillosa, transfigurado, radiante, con los brazos extendidos, suavemente entornados los párpados y con una aureola de luz al rededor de su cabeza. Como las estampas de los santos. Y hasta creemos, que muchos de sus oyentes habrán exclamado cuando terminó el discurso: Verdaderamente este hombre es un justo!

Poco entre su declaración y su visión, en la reducida extensión de una columna, es en donde ha acumulado nuestro santo y milagroso doctor, con una habilidad sor-

prendente todos sus sentimientos, máximas, cálculos y demostraciones, toda su ciencia y toda su filosofía. Pues allí habla de los mendigos que mueren por la calle, de denudeces, de hambres, de palabras dolientes implorando misericordia, de energías agotadas, de seres que se van, de seres que se vienen. Luego nos habla “de la prensa y otros corazones generosos”, y a propósito de la prensa, el nuestro orador ha descubierto que es un poder tanto o más eficaz que los otros poderes del Estado. ¡Alargaos periodistas!—Desgraciadamente es un poder en el que los súditos no ganan nada o tienen sueldos miserables. ¡Lá fima! —Pero estamos seguros todos los que emborruamos cartillas que el Dr. Gallegos Anda, que pone remedio a todas las cosas, va ya a tomar a pecho este asunto y a crear una nueva institución, que modestamente se llamará “La gota de tinta”, o “La colilla de cigarrillo”—para favorecer a los periodistas y dar a la prensa toda esa fuerza más eficaz que los otros poderes del Estado, que él ha descubierto. Una fuerza, que como él dice en su discurso, al hablar de “Cantinas populares para madres nodrizas” y “Casas cunas”—infundía respeto a nuestros enemigos y constituía el progreso del país en todas sus fases”.



Laterre
K24

Jorge Diez P. (Alonso Pujano)

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El Dr. Gallegos asegura también, y esto es lo más sublime: que "la dama quiteña, dama quiteña, posee un tesoro infinito de caridad, siempre está lista para enjugar la lágrima del que llora, para encubrir la desnudez del desnudo, para mitigar el hambre del hambriento." En este punto querido orador, vamos a permitirnos hacerle una pequeña indicación. Prescindiendo de que

la dama quiteña posee un tesoro infinito de caridad, ¡no le parece—respetado y sabio doctor—que sería mucho mejor enjugar las lágrimas de los que no lloran, encubrir la desnudez de los que van vestidos y mitigar el hambre de todos los ricos de la localidad?

Y hasta podría ser más lógico....

POEMAS EN PROSA.

¿De qué quieres que hablemos, Madeleine?

En esta tarde de abril en que la savia corre más aprisa en los árboles y la sangre circula, como si estuviera mezclada con un licor generoso, por nuestras venas ¿de qué quieres que hablemos, Madeleine?

Mira: todo es hermoso, todo convida a sentirnos más jóvenes de lo que en realidad somos. El cielo, que no aparece ni más azul ni más sereno que tus ojos. El sol, que hundiéndose allá lejos, con todo y deshacerse en flecos vivísimos de oro, no es más sedátil ni más luminoso que tu cabellera. ¿De qué quieres que hablemos, Madeleine?

A nuestra espalda la luna se ha azomado sobre el horizonte. No es más blanca, más misteriosa, ni más suave de lo que tú eres la luna. Parece mirarnos con benevolencia compasiva. Ha visto muchas parejas en muchas horas iguales a ésta. Ha oído los mismos juramentos temblar en innumerables bocas. Ha iluminado las mismas manos unidas. Medio oculta detrás de la nubecilla maliciosa, ha sorprendido los mismos besos...

Era en el Egipto de los faraones, en la Roma de los césares, en la España de los conquistadores, en la Francia de Luis XV, hasta en la Yanqui-landia de Wall Street. Pero las parejas sentían siempre de idéntico modo; soñaban con inmovilizar en ellas el amor, acaso lo mismo que el río que

corre aquí, cerca de nosotros, sueña con detener y poseer el agua que corre por su cauce, refrescando, fecundando, asolando a veces, lo mismo que el amor por la vida...

Pero—¿qué tienes, Madeleine? ¿Por qué no dices nada? ¿Por qué tus ojos se tornan húmedos y se recatan bajo las pestañas de oro para disimularlo?

Mira: ya todo el ámbito se llena de luz blanca de luna. La luna, que no es más blanca, ni más suave, ni más misteriosa, de lo que tú eres. ¿Te causa pena estar junto a mí de este modo, comprender lo mismo que yo la razón de muchas cosas y la fugitiva vanidad de todas? ¿Te has acordado de otras lunas de abril, de otros compañeros; de otra Madeleine de la que tú eres continuación borrosa apenas? ¿Quisieras ser aquella, recomenzar la romanza, darme tu corazón en tus labios y creer como artificios de te todas mis mentiras? ¡Pobre Madeleine! Yo también, a ratos, cuando estoy cerca de tí, sufro mis caídas sentimentales; tengo mis *clair de lune empailée* durante los cuales sueño con las palabras que no se escuchan, con los besos que no se encuentran, con el amor que no se ama, con la casita que no está en la tierra—ni en el cielo tampoco, seguramente...

Dmitri Ivanovitch.

Album de Caricatura



Diez
XX

Art. Torro - Doyconez

LA DANZA DE LAS HORAS

HACIA LA CONQUISTA DE LOS MUNDOS IMAGINARIOS

Eterno e inquietante misterio, más que aquí que hemos vislumbrado en la masa pétreo e insensible, y, sin embargo, tan evocadora, de la Vieja Esfinge, o aquel otro de la sonrisa de Gioconda, éste de la existencia, más allá del Planeta que habitamos, de nuevas formas, de otros seres conscientes, de mentalidades, acaso, más que las nuestras capacitadas para descifrar el enigma de la Vida. Eterno e inquietante misterio, que ya surgió aun en la primitiva y rudimentaria imaginación del hombre de las cavernas, deslumbrado ante el regular sucederse de fenómenos que no comprendía, de lejanos fenómenos que hubo de atribuir a una potencia omnisciente, suprema y desconocida que llamó Dios. Más allá del girón de tierra que le pertenecía, más allá del océano inconmensurable que no pudo sondear, tras de la bóveda del firmamento que, asombrados, contemplaban sus ojos infantiles, el sér humano primitivo suponía mundos desconocidos, que, en su concepción estrictamente antropomórfica de las Fuerzas, hacía a semejanza del que le era familiar. «A los ojos de los pueblos antiguos, el campo de la vida terrestre no estaba cerrado sino por una especie de sueño; atravesando esta región podían hallarse campos resplandecientes de vida, alumbrados por los rayos de un nuevo sol, habitados por seres que no podían dejar de parecérsenos un poco. Esta idea de muchos Mundos no ofrece cierto encanto personal que la dispensa a primera vista de un carácter más sólido? ¿Ver más allá de la Tierra en que estamos comarcas en donde brilla el sol, este bello sol del Sud que es verdaderamente el creador de la raza oriental; encontrar otras montañas coronadas de cedros, colinas donde florecen el naranjo y el olivo, valles de riachuelos murmurantes, bosques de retiros apacibles, ¿no es verdad que es un sueño bien hermoso?»

Y este sueño fue obsesión en los primeros hombres; y fue obsesión en los pueblos ya civilizados de Caldea—la de los palacios milagrosos—, de Egipto—el mágico país en que floreciera, en antañones siglos, el ya dicho misterio de la Esfinge de piedra, y en que, en más modernos días, vibraran la risa atormentadora y el divino cuerpo

voluptuoso de otra Esfinge de carne: Olopatra, la cruel Reina de los cabellos rubios—; fue obsesión en el pueblo legendario y maravilloso donde preconizara el Padre Sakyamy el poema de las Transmigraciones, como en el vigoroso y fuerte Elegido de Dios, raza de Moisés, el primero; de David, el Rey de los desconsolados psalmos; de Salomón, el Magno y el Sabio.....

Y fue obsesión en los siglos oscuros de Medioeva y lo es todavía en los días positivistas de nuestra Edad Moderna.

Porque la Humanidad, rebelde, quiere inquirir en las fuentes más hondas de la Suprema Causalidad, y quiere robar, cual el simbólico Prometeo de la Hégade, el fuego divino que hará sobre ella la luz, y quiere encontrar, a través de los bosques intrincados del País Más Allá, el maeterliniano Pájaro Azul que le mostrará el alma oculta e incomprendida de los Arboles, de los Animales, de las Cosas, de todo lo Inconocido.

Camillo Flammarion nos ha dicho, con la magia de su prosa inquietante, algo de estos «mundos imaginarios» ensoñados por nuestro cerebro; nos ha hecho entrever la posibilidad de que existan, en ellos, seres semejantes a nosotros; ha descrito un poquillo del velo que cubre nuestra mente; nos ha puesto en contacto con lo que, al respecto, pensaron los hombres de todos los tiempos; y ha infiltrado en nuestros espíritus la amarga simiente de la curiosidad.

Probablemente, luego de la capa atmosférica que envuelve el Planeta Tierra, y en el sistema astronómico en que ya hemos logrado penetrar, siquiera sea superficialmente, con la ayuda de potentes aparatos, se desenvuelve, rítmica y esplendorosamente, esta facultad de pensar, avaloradora y justificadora de estotra de existir; y, a través de las distancias infinitas, hay quienes, como nosotros, han luchado, luchan y han de luchar por vencer el Misterio.

Y ya desde el pretérito Luciano de Samosata hasta Julio Verne el de las prodigiosas aventuras, el fantástico viaje a la Luna se ha ido teniendo cada día como más verosímil, sobre todo con las ensoñaciones del clásico Cyrano de Bergerac. Aquel viaje con que soñamos en nuestras

ingenuas horas de muchachos, influenciados por las lecturas de Verne, de Salgari o de Coopée . . .

Luego después, hemos colocado en Marte nuestras idricaciones llenas de desbordante fantasía.

¿La imaginación que se complacía en jugar con hipótesis sugestivas? Disquisiciones sin importancia, indudablemente, para la mayoría de las gentes. El hombre necesita saturarse, a veces, de misterio y llenarse de una extraña manera de pavor, de ese mismo pavor que buscan los niños al oír los cuentos de milagrería. Pero materia de hondos análisis y de paciente estudio para la exótica casta humana que forman esos extraños seres que se llaman sabios.

Y los sabios han querido, ahora, revivir el problema capital. Y nos han hablado de misteriosos llamamientos radiotelégraficos y de fuerzas enormes que obran desde una distancia casi inconcebible y de vibraciones de origen ignorado por la Ciencia. Son los habitantes de un planeta distinto, nos han dicho, que quieren relacionarse con nosotros. Probablemente, los pobladores del vecino Marte.

Y en la tierra, pese a la autoridad de quienes tal afirman, pese a los nombres

gloriosos de Edison — el Mago de Menlo-park —, de Marconi y de Tesla, ha habido muchos labios que se sonreían con lo que, ellos, consideran absurda suposición; y muchas palabras de irónica incredulidad para lo que declararían los tres Pontífices de la Ciencia.

Pero ha habido también almas meditativas y torturadas por el ansia de despejar la tiniebla, para quienes las supuestas señales tienen, de ser entendidas, todo el valor de las revelaciones decisivas. El Éter ha vibrado, poderoso e inquietante. Quizás hase entreabierto la brontánea puerta que guarda los Enigmas de la Vida y se anuncia la aurora suprema de la Claridad. Quizá palpitan ya los nuevos Evangelios. Nos hallamos frente a un hecho de trascendental significación. Acaso, la Naturaleza quiere saltar de su mutismo y decirnos las palabras de la Anunciación. Acaso el corazón de otros seres se ha despertado y quiere vibrar al unísono con el corazón de los hombres. Entonces, Gioconda y la Esfinge habrían perdido su atracción.

Y el alma de dos mundos entonarà el Himno grandioso de la Máxima Verdad.....

León de Borneil.

C. J. AROSEMENA

OFICINA BANCARIA

Compra y venta de Letras a los mejores precios del mercado.

Acepta depósitos a 3, 6 y 12 meses, pagando intereses más altos que los Bancos.

Cuentas corrientes y descuentos de Documentos.

Solicítese informes.—Guayaquil.

CASILLA 337

ELEGIA DEL OTOÑO

Las tardes húmedas del triste otoño
Llenas de nebulosa poesía,
Tienen en mi alma un singular encanto
Y un amor hondo que es melancolía.
Para mí los paisajes sin retoño
Y el retiro en las fuentes del quebranto,
El libro de elegía,
Los sauces melancólicos
Y las campanas de melancolía.....

Otoño es de las almas que supieron
Amar la poesía.
Y en Otoño se piensa en los que fueron.

Humberto Fierro.

TRANSMIGRACION

Quiero emigrar con mi alma hacia una carne ajena;
ser en el oro extraño de un nuevo corazón;
quiero mirar mi vida desde una vida buena
y azul como el santuario de una contemplación.

Entre el perfume, entonces, de una existencia amena,
bajo los azahares de tu renunciación,
indagar, como dulce sacerdote en tu pena,
y oír temblando en tus labios la propia confesión.

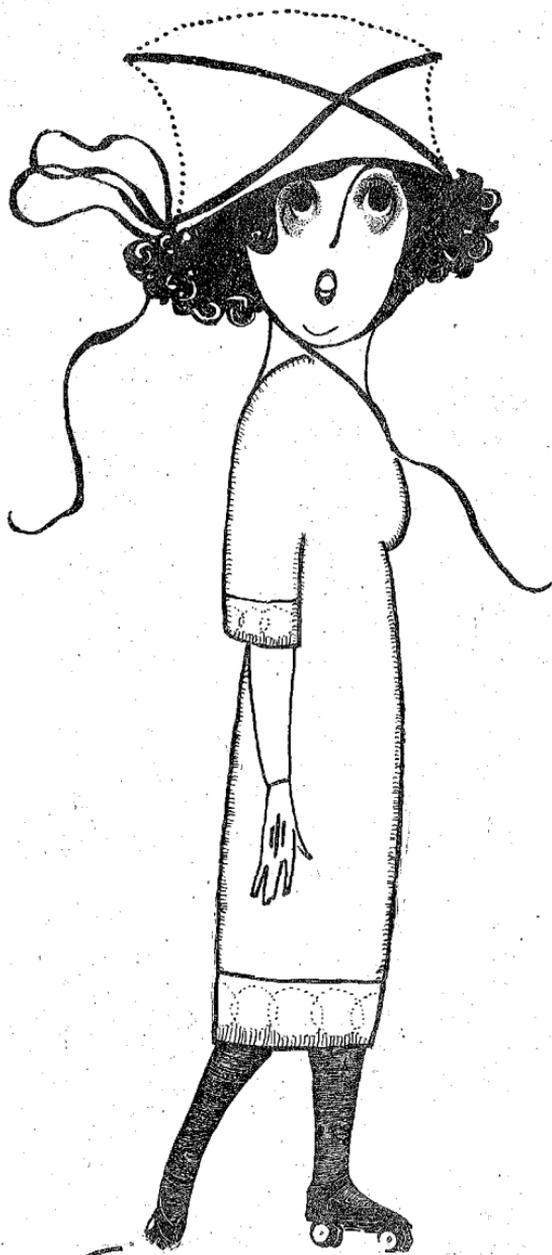
Hablarte como nuevo galán de otros amores,
por saber si aun florecen mis caricias pasadas
o has aprendido, en tanto, la virtud de olvidar.

Y luego ser el mismo, con mis viejos dolores,
perderme en la agonía de mis propias nevadas,
y un día, sin saberlo, volver a transmigrar.

Juan Pablo Muñoz.

1920

Los pastinadoras de la Puerta del Sol



Labarre
XX

Srta. Julia Ferrano

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

FRASES ODIOSAS

Oiertas frases, como ciertos individuos, son susceptibles de que se les profese antipatía. Algunas, más que antipáticas, son odiosas y vulgares; otras, como ciertas preguntas que dejan al interrogado perplejo, corresponden al capítulo de las preguntas pecias.

Topa Ud., al volver de una esquina, con un conocido que insiste en averiguarle, entre otras cosas. «Cómo se ha conservado.» No cabe duda de que, quien con tanto interés solicita informes al respecto, da por sentado que Ud. se conserva, necesariamente, de algún modo: como fruta en su propio jugo; como encurtido en vinagre; como sardina en aceite; en alcohol, como ciertas vísceras; o en refrigeradoras, como carne de carnero argentino o australiano. Acaso la pregunta implique algo más que el buen deseo de inquirir sobre el estado de salud, y sea un modo disimulado de descubrir el secreto,— el gran secreto de la *conservación* de Ud.— si lo cogen desprevenido.

«Y, ¿qué más ha hecho?»—le pregunta a Ud. uno de esos preguntones en quienes dijérase la encarnación del eterno interrogante,—después de haber agotado su inacabable interrogatorio, después de haberlo *vidé*, que hubiera dicho el amigo Taine, y Ud., y yo, y el otro, sentimos que se nos escapa una respuesta concebida, poco más o menos, en estos términos: «No he hecho cosa mayor; pero, si Ud. se empeña, hará algo más: romperle a Ud. el bautismo.» Nuestra educación, sin embargo, nos ata un nudo en la garganta, y damos a la fisonomía una expresión diplomática al contestar: «No puedo decir a Ud. una palabra; me han encargado la reserva.»

«¿Y Ud., cómo lo ha pasado?» Cuando a uno le espetan esta pregunta, lo primero en que piensa es en el Rubicón. Sin duda que quien tal pregunta formula está hondamente preocupado con aquella hazaña de César, y anda por esas calles averiguándolo a todo sér viviente cómo se las ha compuesto para pasar el Rubicón que le haya tocado en suerte; o también, en estos tiempos en que unos atraviesan la Mancha a nado, otros embarcados, y otros en aeroplano, puede pensarse que el interlocutor esté interesado en saber cómo ha pasado uno el Canal. También puede interpretarse la pregunta en el sentido de si Ud. acostumbra pasar los huevos por agua, o por algún otro líquido, o si los usa de ordinario crudos.

«¿Para dónde bueno?» Es una pregunta

con que tratan de demostrar su afabilidad muchas personas con quienes tropieza uno de manos a boca en la calle. Es de suponerse que quien tal pregunta formula da por sentado que Ud. goza de completa salud, es decir, que *va bueno*, aunque en esos momentos sufra Ud. un cólico que le haga ver estrellas, o vaya en busca del dentista para que le extraiga un colmillo que no le ha dejado dormir en toda la noche; o se dirija premuroso en busca del Profesor Brlich. Por lo general no le dan a Ud. tiempo de entrar en explicaciones, pues estos curiosos tienen sobre los otros la ventaja de que casi siempre contestan ellos mismos las preguntas que formulan, y, sin esperar la respuesta, se alegran mucho de que uno se encuentre bien, e impartan la información, no solicitada, de que todos en su casa se encuentran buenos, y tantas gracias. A esta misma clase pertenecen aquellos individuos, tan amables y corteses, que en plena calle dicen a Ud.: «No se descubra, tenga la bondad de sentarse.»

«¿Y Ud. ya vino?» le dice, con exceso de amabilidad, alguno que estaba en el secreto de que Ud. había salido al campo por unos días. Ante una pregunta de esta clase, ¿qué puede el interrogado contestar? El primer impulso es el de pellizcar se, o el de darse un tirón en la nariz para convencerse uno de que no sueña; pero convencido de la realidad, se siente inclinado a contestar: «No, amigo mío; no he regresado aún, pero gozo del don de la ubicuidad, y aquí donde Ud. me ve me doy un baño de mar, a la vez que tengo la satisfacción de proporcionar a Ud. el placer de que me vea.»

Este género de preguntas pertenece al grupo de las necias, mas no por esto dejan de ser de las más comunes. Se encuentra Ud. en su habitación, envuelto en una bata, la cara cubierta de jabón, palangana delante, espejo al frente, y la barbera en la diestra; y en ese momento entra un su amigo que le dice: «¿Se está Ud. afeitando?» Si no fuera por el horror ingénito que Ud., y yo, y el otro, tenemos a la sangre, efectuaríamos en aquel instante un desahello, con el necio de la pregunta, aprovechando el arma que llevamos en la mano. Sin embargo, no tengo noticia de que se haya registrado el primer caso de homicidio, en defensa propia, en casos de esta naturaleza. La buena educación, los buenos sentimientos sobre todo, nos impiden apelar a las vías del hecho, y nos limitar

mos a contestar la agresión en estos términos, poco más o menos: "No, señor mío, no me afeito, fíjese Ud. bien y verá que me está afeitando el *Barbero de Sevilla*, dirígido por el Maestro Rossini en persona." Sobre este tema podría seguir pergeñando un artícujejo que pudiera alcanzar mayores proporciones de las convenientes; por fíeso, por otra parte, que carezco de la suficiente información, y le cedo la palabra al Príncipe de los cronistas, el amigo Luis Bonafoux, para que con la gracia y la in-

tención que caracterizan sus bien escritas crónicas, en las cuales dice en voz alta lo que otros no se atreven a decir ni siquiera en voz baja, nos regale con unas pocas cuartillas sobre las preguntas odiosas, y sobre las preguntas necias. Creo que podría darnos un libro delicioso, de esos que no versan sobre tema alguno en particular, y que, sin embargo, dicen tanto . . .

Hugo de Rauzán.

JOSÉ ASUNCION SILVA

Honremos a los poetas; eternicemos en el mármol y en el bronce el gesto de heraña altívez, que después de acendrar el amor bebió hasta las heces la amargura en la copa del misterio. Almas predestinadas para servir de mediadoras entre la impalpable espiritualidad y lo real mediocre y gris! Voces que al perderse en la lejanía dejan vibrando en el aire la palabra que es un ensalmo y una invocación! Perfume de dolor y melancolía que habilita al hombre para que pueda traducir el pesar interno que lleva como una pesada carga.

Bogotá, la ciudad llena de nobleza espiritual, va a levantar el monumento que debe a la gloria del autor del **Nocturno**; del poeta que tuvo la hermosura de un Apolo, junto con la ternura apasionada de hombre superior. Los trágicos griegos hicieron víctimas del destino nefasto a hombres que por alguna manera estaban emparejados con los dioses y que procedían como héroes, porque el dolor agudo y el sufrimiento intenso no puede hallar acogida digna sino en las almas grandes.

¡Oh Señor Jesucristo! por tu herida del pecho
¡pédonalo! ¡pédonalo! descendiendo hasta su
lecho

de piedra a despertar! Con tus manos
divinas
enjuaga de su sangre las ondas purpúreas...

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la
calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

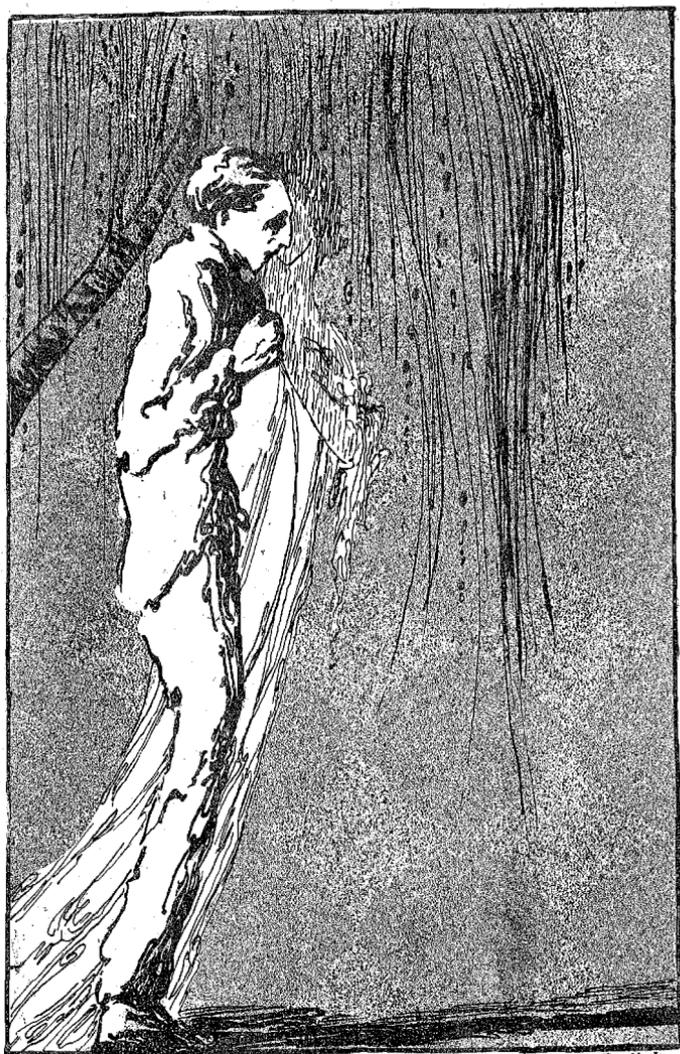
jamó mucho! circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio..

Silva se hundió en la nada perseguido por el destino, como los héroes de las tragedias griegas; pero antes del vajo fatal dejó un rumor armonioso que se extendió por toda América y que llegó a España, para producir renovación, para atraer sonidos nuevos.

Sin confundirse, en Silva están el artista revolucionario y el poeta doloroso, que sigue la estela del misterio y se pierde en las sinuosidades del amor loco y de un pensamiento amargo. Y ese halo de misterio que flota al rededor de su cabeza procrea y noble es el filtro que embruja las almas de cuantos quieren beber en los versos armoniosos y desesperados del **Nocturno** del suave nepentes del que nos habla el viejo Homero.

Burdelle, el egregio escultor de Francia, ha compuesto el monumento que se levantará en la capital de Colombia, no para perpetuar la gloria de Silva que ya la tiene y que se levanta cada vez con nuevos fulgores, sino para pagar la deuda que tiene la nación para con el poeta creador de bellezas.





A. Bellolio.

“
Nocturno
”

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Una noche,
 una noche toda llena de murmullos, de perfumés y de músicas de alas;
 una noche
 en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
 a mi lado, lentamente,
 contra mi ceñida, toda muda y pálida,
 como si un presentimiento de amarguras infinitas
 hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
 por la senda florecida que atraviesa la llanura
 caminabas;
 y la luna llena,
 por los cielos azulosos, infinitos y profundos, esparcía su luz blanca;
 y tu sombra,
 fina y lánguida,
 y mi sombra,
 por los rayos de la luna proyectadas,
 sobre las arenas tristes
 de la senda se juntaban
 y eran una,
 y eran una,
 y eran una sola sombra larga,
 y eran una sola sombra larga,
 y eran una sola sombra larga....

* * *

Esta noche, solo, el alma
 llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
 separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
 por el infinito negro
 donde nuestra voz no alcanza,
 mudo y solo
 por la senda caminaba...
 Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
 a la luna pálida,
 y el chirrido de las ranas...
 Sentí frío: era el frío que tenían en tu alcoba
 tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
 entre la blancura nivea
 de las mortuorias sábanas.
 Era el frío de la muerte; era el hielo del sepulcro;
 era el frío de la nada.
 Y mi sombra,
 por los rayos de la luna proyectada,
 iba sola,
 iba sola por la senda solitaria;
 y tu sombra esbelta y ágil,
 fina y lánguida,
 como en esta noche alegre de la muerta primavera,
 como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas.
 se acercó y marchó con ella,
 se acercó y marchó con ella,
 se acercó y marchó con ella... Oh las sombras enlazadas!
 Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
 Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!

José Asunción Silva:

DE LA VIDA QUE PASA

Bibliomanía aguda.—Revista de la Sociedad de Estudiantes Jurídicos.—Quito, febrero de 1920.

Entre las escasísimas producciones nacionales de algún interés que llegan hasta nuestra revuelta mesa de redacción, hemos acogido con placer este órgano de un escogido núcleo de la Universidad Central, cual es la Sociedad de Estudios Jurídicos.

Era natural que entre la juventud estudiantil, y especialmente entre los que han elegido la carrera del Derecho, que en nuestra tierra es la más *derecha*, surgieran las aficiones literarias hasta el punto de resolverse en la fundación de Revistas de estudiantes que aunque no muy puntuales en aparición, dicen muy alto de la cultura intelectual de los universitarios.

Y no cabe duda de que el esfuerzo editorial realizado por los que dirigen la Revista de Estudios Jurídicos, en los dos últimos números, y especialmente en el número de que tratamos, merece especial aplauso, porque se ve la buena voluntad que hay entre los Redactores de esa Revista de hacer las cosas lo mejor posible y acercarse por lo menos un poco siquiera a los líderes del buen gusto en materia de impresión y ornamentación de revistas, ya que es un poco difícil conseguir todo el efecto artístico que sería de desear en un medio en el que no se puede pedir más en todo lo que a artes gráficas se refiere. En resumen, el esfuerzo hecho es un éxito en el que tienen no escasa participación los talleres nacionales, razón por la que no sabemos a quien felicitar más, si al Sr. Barba Viteri, Regente de esos talleres, o al Sr. Salazar Gómez, Director entusiasta de esa Revista.

Por lo demás, nada tenemos que observar acerca de lo bien ilustrada que está esa Revista y de los retratos que la adornan, porque se ve que no se ha retrocedido ante los gastos que ocasiona una publicación de esa naturaleza, para presentarla con corrección y elegancia.

En lo que toca al material literario la cosa varía un poco de aspecto, y séanos permitido decir sencilla y llanamente lo que pensamos al respecto: Quiso la Sociedad de Estudios Jurídicos dar una muestra de su agradecimiento a las señoritas que tan gentilmente colaboraron con los estudiantes en su empeño patriótico, y pensó que ningún homenaje resultaba más apropiado que el dedicarles un número de su Revista. Para

el efecto designó un nutrido y esforzado grupo de jóvenes quiteños que deberían ejercitar su galantería en elogiar las prendas de las damas gentiles que tomaron parte en la velada de grata recordación. Por donde vino a resultar que la juventud intelectual estuvo tan bien representada que ni los altos empleados públicos, ni los médicos, ni los empleados de la banca, ni los abogados, ni los militares, se hicieron repetir la orden para loar a nuestras más bellas mujeres. Y sucedió que también los estudiantes, los caracterizados profesores, los arquitectos, los agrimensores, los músicos, los medio físicos, los toreros, los peluqueros, los zapateros, los sastres, en fin, todos, hasta los poetas, tuvieron a honra el deshojar una flor de galantería a los pies de una dama y arrancarse por la razón o la fuerza el elogio que habían de ofrendar a las niñas de Quito: ¡Pobres niñas...!

Para hablar de los 22 elogios que nuestros más distinguidos jóvenes intelectuales se han propuesto endilgar a igual número de chicas guapas de la localidad, no bastaría ni un volumen igual a la Revista de Estudios Jurídicos, por el sinnúmero de bellezas líricas y literarias que contiene y que hacen de ella el conjunto más agradable y ameno de majaderías que se ha publicado hasta el día.

Yo no sé qué dirán de esto las chiquillas; pero es la verdad que elogiarles en esta forma en el que lo han hecho por lo menos 18 de los 22 vates que firman las loas, en nuestra modesta opinión es nada menos que abusar de ellas, ya que si galante y gentilmente prestaron su colaboración para la velada, no habrá sido para que sin dar mayor motivo se lancen contra ellas los mencionados vates, y so pretexto de elogiarlas les digan barbaridades sin cuento en estrofas atentatorias a la belleza y hasta a la buena educación que nos manda ser galantes con las mujeres.

Salvando 4 o 5 de los elogios de la Revista; entre los que naturalmente se cuenta el de Jorge Carrera Andrade lleno de delicadeza, de elegancia y de buen gusto, ninguno de los elogios restantes merecía el honor de la publicación, porque poniéndonos en razón, no hay derecho a decir tanta tontería a unas chiquillas que a na-

die ofenden con ser bonitas. ¿No tendrían hermanos o parientes que les hagan respeto y que no les dejen tratar de esa manera?

Luego, esta forma de hacer réclame personal que tienen los dirigentes de los centros estudiantiles para hacerse presentes en toda circunstancia y para que el público no se olvide de ellos y vea que viven todavía y que se meñean y que coleau, sin más objeto que el de hacerse notar, no nos parece muy intelectual que se diga. Para qué, si no, ya que la Revista está dedicada a las chiquillas a quienes estropean despiadadamente con estrofas horribles, y después de publicar los retratos de ellas, aparecen las bizarras efigies de universitarios y no universitarios que tomaron parte en la velada, sin que falte al pio del retrato de cada uno:

Fulano de tal

Lo elogié Sutilano o se elogia él mismo, como han puesto en los elogios de las chiquillas, aunque hubiera sido mejor para ellas que sea así, y que publiquen solamente sus retratos indicando la participación que tuvieron en la velada y a continuación los retratos de los vates elogiándose entre ellos mismos.

Es una verdadera lástima que por la estrechez de estas columnas no pueda inser-

tar en esta crónica algunos de los prodigiosos partos que más nos han llamado la atención por su *gracia* y su *spirit* y tengamos que renunciar a darlos a conocer al público que no los conoce, y al que quizá le proporcionaríamos un buen rato con su lectura.

Es lástima que algunas personas a las que hasta aquí habíamos creído de buen sentido, hayan tenido la debilidad de caer en esto y aumentar con su contingente el número de simplezas y de estrofas tontas, contradictorias y mentirosas, que forman en conjunto el material literario del N° 5 de la Revista de Estudios Jurídicos, y es lástima también que hayan elegido como víctimas de la versorrea aguda de nuestros jóvenes intelectuales a las más lindas chiquillas de Quito.

Por lo demás, ya hemos dicho que la revista está bien presentada, y que el esfuerzo hecho es muy digno de encomio aunque el contenido tenga mucha semejanza con la fachada de la Universidad Central, de la que ya se dijo que era comparable a un altar de Corpus o al nacimiento del Beato Felipe.

Alonso Quijano.

EN ESTA SEMANA

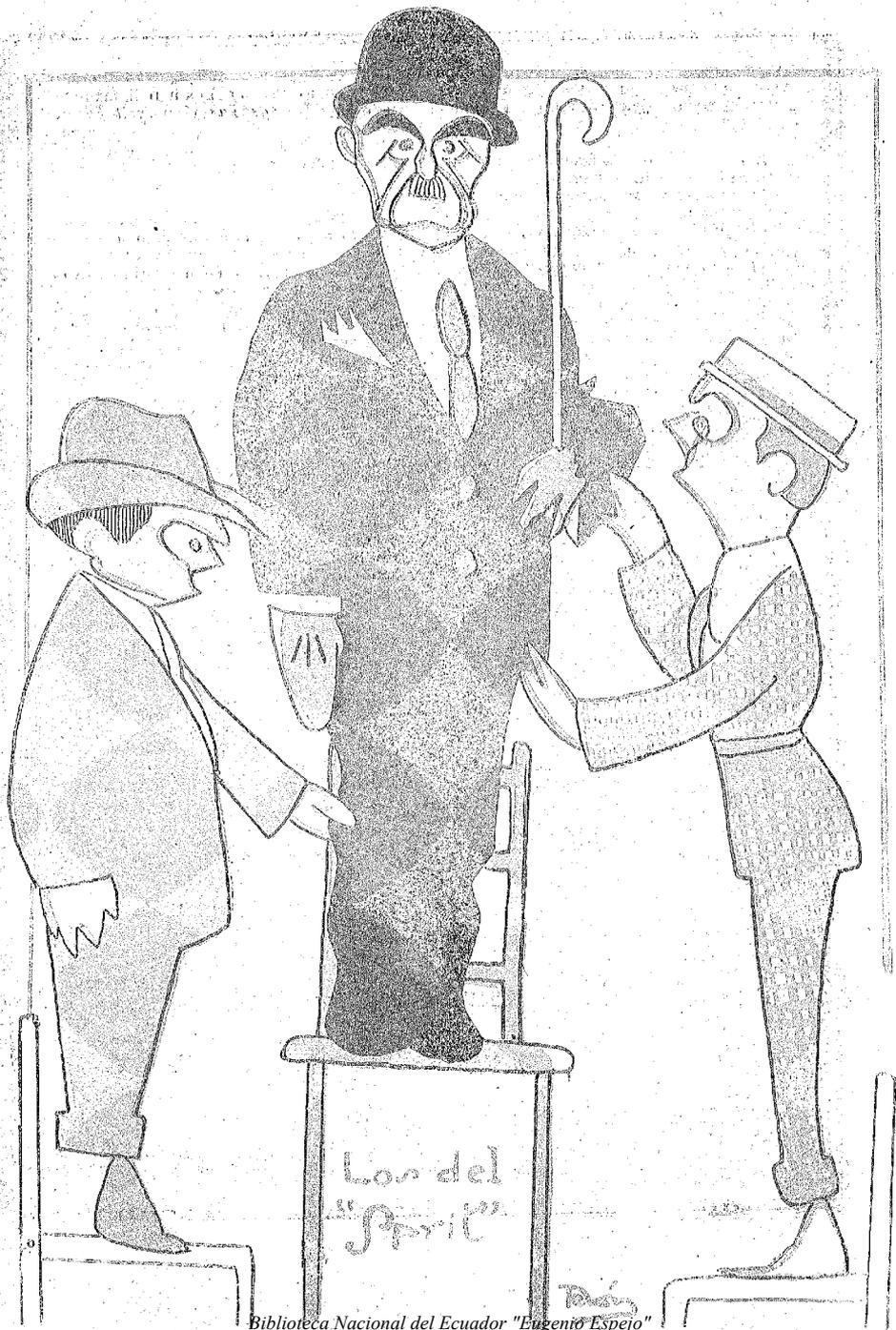
se pondrá a la venta el nuevo libro

"PALABRAS CON FLORDELINA"

✽ por LUIS ANIBAL SANCHEZ ✽

en las Librerías "Sucre" y "Americana".

Precio: UN SUCRE el ejemplar.



¿Por qué hay quien compre automóviles?

por PRIMITIVO PRACTICO

CONOZCO el estribillo. Conozco toda la canción. ¿Y qué es lo que no conozco? Qué es lo que se escapa a mi penetración sutilísima y ultra-rayos-épicos?

Si: "necesitamos vivir muy a prisa" antes del tiempo andaba, hoy vuela y necesario es volar con él; para no quedarse atrás, comodidad; recibímla la vida de la ciencia, la ciencia de la vida..."

¡Ah...ríes! Todas esas son frases de estampilla para embucnar a los mentecatos, pretextos para cometer disparates. Lo que hay es que el hombre de hoy es igual al hombre de ayer, y lo único que cambia es la faz de su chihilanda.

Podría contentarme con lo expuesto en términos tan categóricos y tan convincentes, y dejarme de demostraciones; pero aunque estoy acostumbrado a que se me crea bajo palabra y sin más prueba, tengo a gala documentar todas mis afirmaciones, y hasta las negaciones, por un espillafuero de bajo de ciencia y de experiencia, que si Dios me ha negado el dinero que con mano pié diga derrama en las áreas de aquellos míseros seres a quienes ha negado todo lo demás, en cambio a mí me ha otorgado todo lo demás que niega a los que pimitte barse en el Poetolo, y cada uno dispone de sus bienes como mejor lo place y a mí me da por prodigar los míos, sin la menor intención judicial.

Entre los muchos y variados problemas que a mí paito me ilustrado interior la sido dando resolver, yo para beneficio propio, sino del género de los lípulos implumes, hay muchos que, a primera vista, parecen míos o de suma facilidad, pues creer que hay resolución cae por su propio peso. Por ejemplo, no hay disparatavis que no se supunga capaz de decirnos porqué generalmente los hombres de primera estatura se aparejan con mujeres que miden talla de granderos, y por qué las mujeres que están en plena rozadura prefieren a los mozalbetes. Lo primero lo explico por la ley de los contrastes, y lo segundo por aquello de a gata vieja, razón tiene... ¡Na...ríes! La explicación es muy distinta, pero ahora entoy muy de prisa (digo esto para ponerme en tono) y me veo obligado a dejar el punto para tratarlo en ocasión más propicia y cuando no haya automóviles en el camino.

Al salir de mi casa, digo, del "pied-a-terro" que provisionalmente ocupo de un modo permanente en la ciudad de París, me entregó el Conchero que dragonea de Consejo, y que no es más que un villano portero, la carta en que se me ordenaba, digo, se me suplica, ba humildemente y con las fórmulas más diplomáticas, que me sirviese aclarar el misterio.

Me llegué al café que frecuento en el Bulevar de los Italianos, me senté en la terraza, como tengo de costumbre, y pude mi pericón de "abstinento gémic" cuando también de costumbre tengo, para contemplarlo, oficiarlo y yo tomarlo, como también hago por costumbre, que para venenos hasta con el que contiene el agua que no nos proporciona, mediante cuanto vos contribuísteis, la municipalite municipalidad.

Pero a poco vi pasar una gallarda chica, exhibiendo la peregrina moda de la "jupa-entote", con un valor digno de mejor casa, y llevando tras ella una multitud de granujas que la hababan, sin que por eso olvidase la menor muestra de desagrado, como persuadida de que la manifestación de si plietas contribuía a darle la notoriedad que apetecía.

Ya andaba mi fantasía dando caza a otros gazapos, cuando de pronto (a mí todas las cosas me pasan de pronto) cuando de pronto vi que se dejaba mi automóvil ante el café, precisamente frente a mí, y se negó a seguir para adelante y a moverse, hacia atrás, como diciendo al conductor: "Tú tendrás más talento que yo, pero no tienes más fuerza de voluntad".

Bajose el dueño del semoviente....

Un pequeño paratístico. O la Real Academia de la Lengua Española o yo estamos equivocados. De seguro que es la Academia. Esta dice que son bienes semovientes

les "los que consisten en ganado de cualquier especie", y yo digo que son aquellos que se mueven a sí mismo o por sí, aunque en vez de ser bienes sean malos, y en vez de ser ganados sean perdidos.

Recipio que se bajo el dueño, o sea el "chaffonier", pues en este caso chaffonier y dueño eran una misma persona, sin que hubiese ningún misterio de dualidad, y le dió todas las malas trazas posibles para persuadir al testarudo automóvil a proseguir dignamente su camino. Hago constar, por lo que convenir pudiera, que cuando poco después examiné el vehículo, me convení de que no era de procedencia viciatula, lo que prueba una vez más que en todas partes se dan casos de fiestas fúrcas, sin echarlo a mala parte.

El dueño del vehículo tuvo la fortuna de que se le asociara un agente del orden, policía, por mal nombre, y que le ayudase a no hacer nada, compartiendo con él los daños causados en la autonomía del carruaje, engañándose recíprocamente; tiraban aquí, apretaban allá, y ¡pau! Estaban bañados en sudor. Los mentecatos se iban aglomerando ex rededor de ellos; cada cual daba su opinión. "Se ha apugado el fango". "Algo se ha roto". Un catalleto de muy solemne aspecto, después de haber considerado lo que se estaba haciendo, y de haberse rellorado de faturo los nervios, exclamó: "No hay que levantar los sesos para estudiar lo que pasa. sencillamente el aparato está descompuesto".

Dentro del vehículo estaban almacenadas tres señoras de edad más o menos problemática, una señorita que parecía un melocotón, y una niña que no tardaría mucho en llegar a adama.

—¿Nos bajamos, papatío? preguntó con voz melosa la que parecía melocotón, y que tal vez quería aprovechar la oportunidad para exhibir su traje nuevo.

—No, no bromeos la pascencia! le contestó en tono ferez aquel energúmeno, quien, por lo visto, no es afeto a los melocotones.

¿Y a mí tanto que me gustan!

Y el energúmeno persiguió, dirigiéndose al automóvil y como si este pudiese comprenderlo, lanzando teraos y catreros hasta completar lotariz.

¡Dueno traporador de la truenaria....! No quisiera andar. ¡Ya lo las vas a comenzar conmigo en camino! le gruemos a casa, por derreido y descausado, mala carreta de arrastrar cadáveres de leprosos!

Ya estaba mi hombre en punto de caramelo.

Yo, como ustedes saben, siempre me he distinguido por la discreción y oportunidad con que hago todas mis cosas. lo que me vale ser en toda ocasión el bien-vidado. Me llegué a mí hombre, me quité coitemente el sombrero, y en él tono más correcto y mesurado que pude encontrar en mi repertorio ofisio, le dije:

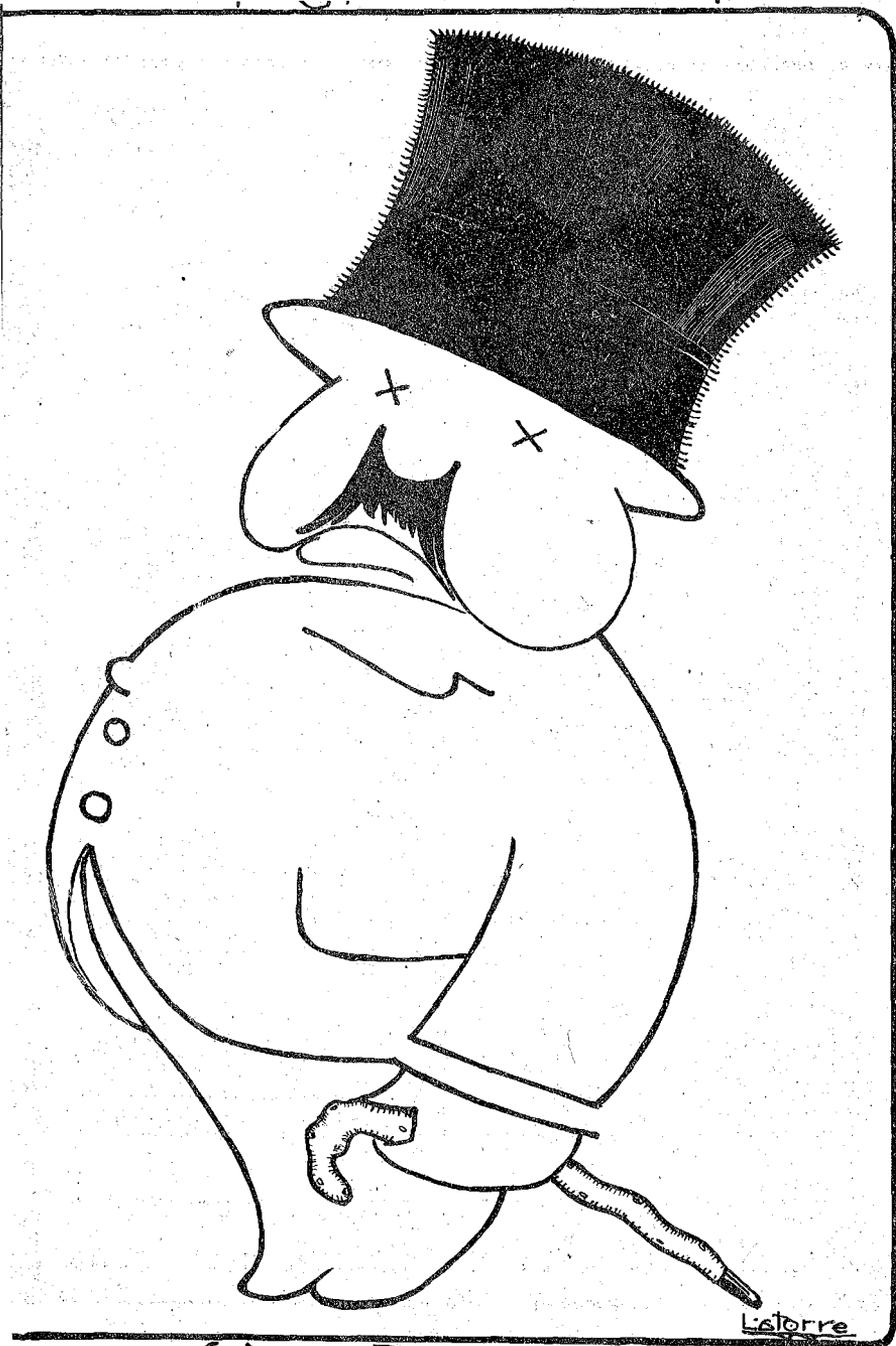
—Perdonen Ud. caballero. Me fofono la licencia de dirigirme a Ud. en este momento; solemne de su vida, obligado por los sacratísimos intereses de la ciencia y de la humanidad. —El nombre de esas dos áreas entuladas, anego a Ud. rendidamente se sirva responder de un modo categórico, claro, preciso y sin restricción acento de ningún género, a las breves pero trascendentales preguntas que voy a tener la honra de presenarle. —El energúmeno se detuvo al escuchar mis razones, y a medida que avanzaba yo en mi discurso, iba abriendo los ojos, y con ellos la boca, y parecía vacilar entre si tomarme a lo serio o considerarme como un tomador de pelo.

Más pareció que esa reflexión de ciencia que se nota espereado por todo mi rostro, lo angusta calma con que yo me expresaba y la distinción de mi porte impresionar favorablemente a mi energúmeno.

—¿Qué desea Ud. caballero? me preguntó entre cortés y meloso.

—Sencillamente que se sirva Ud. decirnos por qué compró ese automóvil.

El energúmeno pateció; agudecerme que le hubiese hecho tal pregunta, como si con ella le presentase oportunidad para una sinceración y un descatgo de su con-



Sr. Dr. Eloy del Pozo

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cinco, y señalando con insistencia hacia el interior del vehículo, me contestó:

—¿La mujer lo idió?... y más adelante...

Y, después de una pausa, añadió:

—Y la serpiente leuó al hombre.

Eso era muy bíblico, pero no me enseñaba nada nuevo.

Ya estaba yo definitivamente lanzado, y no tenía más remedio que llegar hasta el fin. O averiguaba lo que me ponía lo idio y más adelante, que es una manera de reventar como cualquiera otra.

Ya los lectores que periódicamente gozan de las profundas enseñanzas que les prodigo en mis artículos, conocen la tenacidad de mi carácter, que jamás me doy por vencido, que mientras más dificultades ofrecen las cosas, más dignas de mi interés y no me detengo hasta haber arrastrado su secreto a cambio de algo que atraviese en mi camino.

Tropecé con un rico banquero noroccidental que se encuentra de paso en París para ver de realizar un empréstito destinado a un Estado libre y soberano perdido en alguna parte de las pampas del Nuevo Mundo, el cual Estado, según leo en "El Fígaro", que es un periódico muy leído y más imparcial de Francia y de Navarra en cuanto se relaciona con los grandes y con las pequeñas potencias del Continente de Colón, se encuentra en una bonanza maravillosa. Inútil me pareció someter a ese rico hombre a la tortura del interrogatorio, pues ya conocía de antemano la respuesta. Sin embargo, para desengaño de mi conciencia, me dirigí a él, haciéndolo pasar por conductor de valores, en lo que no le equivoqué, pues paso buena parte de mi vida corriendo tras ellos.

Por supuesto, le dije, Ud., tendrá automóvil.

—Automóvil, ¿y qué? Ud. decir, me observó gravemente el rico-hombre. Ya lo creo. ¿Cómo puede Ud. figurarse un banquero en ese aditamento complementario? No comprende Ud. que eso es casi el símbolo visible, que prueba y autentica la prosperidad del poseedor, e in para confianza a los clientes y constituye el "sésamo, ábrete" para que se le franqueen las cajas fuertes?

Ya eso está muy conocido, y convengo que, a pesar de ello, siempre resulta.

Una joven y bella actriz, estrella de segunda magnitud en el teatro de una de las ciudades de las milipiles que brillan en los teatros de variedades parisienses, y que se ha hecho más notable que por su talento y su belleza por lo brillante y chillón de su "limousine" en que el verde y el escarlata se disputan la preponderancia cromática, me dio respuesta parecida a la del banquero; el automóvil resulta el mejor anuncio, sólo que en el momento histórico que atravieso, exige el arte mecido de la "gongolosa". Y haciendo mi monada, añadí: —Además, *non cher*, aunque pobre, no soy de esas que compran automóviles... Para eso está el mundo lleno de papamatas.

—Respuesta elemental! Eso no cuenta. Tiempo perdido, aunque siempre ganó lo de las monedas. Y con dinero que las monedas de las acciones ya gastan tanto como los motorcitos de que hablo hace un momento.

Un médico de fama y que está muy en voga en los altos círculos, porque cura mal, pero en cambio cobra bien, me confesó que era enemigo acérrimo del automóvil, pero que se había tenido que someter a la moda, como sus enfermos se sometían a sus tratamientos.

—Desengañado Ud., caro filósofo, me dije, tendiendo la mano para despedirme, la aptitud del médico es nada por su actitud. ¿Cómo va Ud. a confiar el cuidado de su cuerpo a un doctor que no es capaz de curar sobre la marcha cualquier indisposición del aparato locomotor de un automóvil?

Tengo un amigo, Claude Broisines, que cuenta cuarenta y dos años, es tres años menor sucesivos, con dos hijos, tres hijas, y una esposa que es una buena moza, pero parece que fiene gancha, labia, y una mancha de gota en el ojo derecho que, según él me lo ha afirmado, es el secreto de todas sus conquistas. No trabaja, ni sabe trabajar, ni quiere aprender. Su máxima favorita es la de que trabajan los bueyes, que para eso les dio la naturaleza el carro fuerte. El caso es que de su primera esposa, a quien la tierra le sea leve, heredó una pequeña renta; que de la segunda heredó una buena fortuna, y no le estaba contentado alegremente cuando tropezó con la tercera, por lo que, al entrar en años para de más estubo que las dos naves anteriores en las que había naufragado, con tanta oportunidad como buena suerte. Claude Broisines no me habla resaca hasta ganar mucho, a pesar de que no le faltaba con qué pagárselo. De punto me le encontró echando automóvil.

—¡Bureka! dije para mis adentros. Ya tengo lo que buscaba. Ven acá, pecador limonero, y dime si eres el afirmado mortal de ese vehículo del que acabas de apartarte.

—Mío es el auto, caro Primitivo sin par y sin segundo.

¡Hasta olvidado decir que Broisines es hombre de mucho talento, o de muchos talentos y entre otros posee el de conocer lo que vale cada cual y en dar a cada uno el lugar que legítimamente le corresponde, hacer de justicia a secas.

—¡Mo alegre, le contesté. Y dime, ¿lo compraste tú? —Yo mismo.

—¿Con tu dinero?

—O con el de mi mujer, que da lo mismo, pues que tenemos comunión de bienes. Ya sabes que no me caso sino con esa condición y bajo ese régimen.

—Sí, ya lo sé. Pues bien, saca a un alma del purgatorio.

—¿Cuánto necesitas, chico? dijo echando mano a la cartera y creyendo que le estaba yo flutando para darle un sueldo.

—No, exclamé para tranquilizarlo; no se trata de eso, ya está todo en sus manos.

—Lo siento, chico, habiera tenido más placer en servirte...

—Gracias, lo estimo. Pero ahora se trata de cosa de mayor interés.

—Pues ve diciéndolo. Apuesto a que es de algún nuevo problema, de esos que han de asombrar a la luz de las manías consuetas.

—Ganéste la apuesta. Vamos a ver ¿por qué compraste ese automóvil?

—Mira, Primitivo, esta es una cosa de suma gravedad y trascendencia. Pero para contigo no tengo sercados. Ya llevo diez y ocho de haber contraído estas mis terceras apenitas... Comunidad de bienes... Ya me estoy poniendo viejo... No voy a creer que la idea es mala, no nada de eso...

—Vamos, hombre, desambucha sin andarte con tantas retenciones.

—Ignoro qué es lo que puede reservarme un porvenir cercano... Bien pudiera ser que se apoderara de mí de nuevo el espíritu matrimonial... Cien, no sé francos de renta por los tres años que voy, no bastan a un hombre de mis necesidades... Mi mujer se empeñó en que lo comprase con nuestro dinero un automóvil... Uno de 90 H. P., es decir de veinte caballos... Yo hubiera querido demostrarle mi amor proporcionándole uno de 9.000... Pero ella puso tienda a mi galantería...

—¡Si vieses! Es una *charifosse* adorable... Lo más triste vida que imaginarse puede... ¿Cómo bordas los predios? ¿Con qué vertiginosa velocidad corre a través de prados y montañas!

—¿Y tú te atreveses... —¿A qué? ¿A ir con ella?... No soy tan melomel...

Me quedé boquiabierto ante tanta precaución. Di dos pasos a retaguardia para inspeccionar el sombrero de Broisines. Estaba seguro de que aquel hombre, tan precavido y previsor, había mandado ya poner la cinta de luto en su cubre cabeza, anticipando su probable vitez.

De todos modos aquella era una solución, pero evidentemente personal, y no me satisfacía. Aquí la compra del automóvil no era más que un medio para un fin especial, y personalísimo. De paso me hito de las mudanzas de la gerencia de algunos maridos ansiosos de estar en disponibilidad.

Empezaba ya a sospechar que no había metido en cuenta de once varas, que este era uno de aquellos problemas que no tienen más que dos soluciones, igualmente absurdas desde el punto de vista de las matemáticas: o infierno, o cero. Toda clase de soluciones, o ninguna solución.

Ya daba yo mi lengua a los perros y, para componerme a mí mismo, plantaba los importunísimos problemas de por qué los banqueros prestan dinero a los ricos, y no a los pobres, y lo parangonaba con el similar problema de por qué las coquetas se escapan de los brazos de los hombres que son justos y ordenados, cuando ni buena fortuna, que siempre me sale al paso, temiendo que yo la abandoné, puso ante mí un ejemplar curioso, que me hizo enviar al olvido verde los banqueros, los ricos, los pobres, las coquetas, los cartereros, y todo lo demás que se sigue.

Yo no era para menos. Se trataba de otro amigo mío, el Comde de Fortquenville, hombre de gran sagacidad, tres veces candidato *la partur* para la Academia

Francesa; con palacet en la Rue de Saint Dominique, heredado de sus ilustres antepasados, pues su robleza data de los tiempos de San Luis.

Este mi amigo ha tenido el talento de arcaizarse por medio de una serie de préstamos sucesivos, no de muova a más, sino de más a menos.

—Nada más de explicar, me dijo mi amigo con su clásica serenidad y su bondadosa sonrisa. Todas las cosas grandes empiezan por una pequeña. ¡Folstol tuvo razón cuando planteó la doctrina de los infinitamente pequeños. ¿Ves este pedazo de tela? Es una gasa que mide apenas dos metros, cincuenta y dos centímetros de largo por cuarenta y siete de ancho. La medida es exacta, la he ratificado ciento veinticuatro veces, sin que haya habido la menor discrepancia. Son once mil ochocientos cuarenta y cuatro centímetros cuadrados.... Mi cuñada, la hermana de mi mujer, le envió de regalo este pedazo de tela, como aguilardón por el año nuevo. Examinálo cuidadosamente y te convencerás de que es un velo al estilo de los que se usaban por los automovilistas hace dos años.... Mi mujer se sintió encantada por el regalo, pero... Ya sabes lo que son los perros en las cuestiones femininas.... Pero más que no armonizaba, en virtud del color, con ninguno de los trajes que tenía; y con mi pleno consentimiento, ordenó que le hicieran un traje al hoc que llenara todas las exigencias de la moda y del color del velo.

Como estábamos en pleno invierno, fue necesario comprar todo un juego de pieles para armonizar con el traje y con el velo. ¡Tú no sabes lo que significa la armonía en estos casos! Pero no hay sacrificio que me parezca demasiado grande con tal de conservar la armonía conyugal. Siempre con mi pleno consentimiento, compré el coche las pieles, escogiendo las más apropiadas para andar en automóvil durante la temporada de trujones... a fin de mantener la armonía.

La primera ocasión que salimos juntos, una hermosa tarde, por cierto, notamos con no poco pesar que cuanto habíamos hecho en favor de la tan repetida armonía, resultaba contraproducente, pues nuestro modesto coche era una disonancia en el acorde de la indumentaria. Fue necesario corregirla y, siempre con mi pleno consentimiento, compré mi esposa un automóvil, escogiendo, como era natural del tipo que mejor armonizaba con las pieles, con el traje y con el velo, para ahorrarnos nuevos gastos.

Después, inmediatamente después, tropezamos con las dificultades y los disgustos que trae consigo la cuestión del garage, las extorsiones a que está uno sometido, &c., y, además, era también cuestión de armonía. Para zanjar dificultades, resolvimos completar el asunto construyendo nuestro propio garage, en nuestro propio hotel, con lo que obtendríamos gran economía y más armonía.

No había local apropiado para ello en la finca, pero comprando un pedazo de terreno adyacente, en el que no había construcción, quedaba todo resuelto de manera favorable. Lo único que faltaba era el dinero. Eso era cosa fácil de arreglar; hipotecamos nuestra finca, compramos el terreno y construimos el garage, en armonía con el automóvil.

Pero cuando concluímos el garage, en el que empleamos hasta el último céntimo de lo obtenido por la hipotecas, nos encontramos con que había que pagar el auto-móvil, por el que había yo otorgado un pagaré. Recolví el asunto hipotecando el garage, como había hipotecado el hotel para el garage.

Apenas había tapado ese agujero, cuando se me presentó el que me había vendido las pieles, exigiéndome con que tenía que hacer un pago urgente y cuantioso. Había que pagar inmediatamente y para ello pedí dinero prestado, dando el automóvil en prenda.

¡Bien vengas mal si vienes solo. Parecía que se habían dado cita los acreedores. No bien había salido al de las pieles cuando se me presentó el modisto con su cuenta por el traje de automovilista. Lo aplacé con su día siguiente, y mientras tanto empuñé las pieles, y entregué el dinero a mi señora para que cubriera la cuenta.

—Pero... Ya te he dicho lo que son los perros, una cosa muy diferente de las perras. Pero dió la casualidad que yendo mi señora a pagar la cuenta, pasó por casa de uno de los más famosos costureros, de cuyo nombre no quiero acordarme, quien le exhibió una gorra, boina, sombrero, o como se llame, propio para el automovilista y la estación. Ya ves, cuestión de armonía.... Mi pobre esposa no pudo resistir a la tentación.... ¡Mujer al fin!... Era una creación nueva, admirable, portentosa.... ¡y de una baratura!... En aquella casa mi esposa no tenía crédito, y lo fue preciso pagar de contado.... No fue posible pagar al modisto, porque no pude encontrar quien me prestase más dinero, ni era posible empeñar al famoso hombre sino por unos cuantos francos.... El modisto se incomodó, me demandó, se siguió el juicio, lo que causó no poco escándalo, y entonces me citaron todos mis acreedores conocidos, y algunos que yo ignoraba. Para no hacerle largo el cuento; perdí las pieles, después el automóvil, después el garage, y, por último, mi hotel, quedando a la tercera pregunta, lo que parece que es la postrera....

—¡Párate, gritó el Conde, dando un salto en el sillón. ¡Párate, caro amigo!... ¡Te felicito!

—Estás loco? me preguntó el Conde con asombro.

—Estoy en mi perfecto juicio. Me has dado la solución del alabardado problema.

—¿Qué problema? preguntó con voz lastimera el infeliz quebrado.

—El de por qué compran las gentes automóviles.

El Conde se puso violentamente en pie y me tomó las dos manos.

—Por amor del cielo, amigo mío, dijo con ansiedad, por lo que más aures sobre la tierra, habla, pues así es cierto que estás en aptitud de dar una contestación categórica a esa pregunta, te han de probarar el redentor del género humano, pues no hay palabras ni hay garantías más capaces de expresar el bien que con esto vas ha hacer. Habla, habla, por caridad!

Su voz templada de emoción, y haciendo un esfuerzo para hablar, para revelar la solución del terrible problema que debe haber preocupado a millones de tentadores, le dije apretándole cariñosamente las dos manos:

—Mi buen amigo, las gentes compran automóviles porque eses el medio más rápido, seguro, eficaz, cómodo, e infalible de viajar hasta el modo de andar.

El Conde inclinó la frente pensativa, cerró los ojos, calló un breve momento, lanzó un hondo suspiro y me contestó casi desfallecido:

—Probatum est!

Zapatería "La Moda"

::: es el Establecimiento preferido por la gente chic :::

MI DISTINGUIDA CLIENTELA ENCONTRARÁ UN MATERIAL SELECTO

SE TRABAJA TODA CLASE DE CALZADO PARA HOMBRE; ESPECIALIDAD

== PARA EL BELLO SEXO Y NIÑOS. ==

MUCHO ESmero EN LOS DE ETIQUETA Y BAILES.

Necesito operarlos.

Pago los mejores precios.

Cárjera García Moreno y Mejía.—Teléfono 5-7-0.

José G. Moreno.

UNA GENEALOGIA ILUSTRE

por MARK TWAIN

(Conclusión.)

En posesión de tales corceles oceánicos, no causará extrañeza que al "Viejo Almirante" le divirtiese hacer correr a los pesados galeones de comercio. Nave que él divisara y tuviese a la vista, duplicaba y aún centuplicaba su marcha. Mas, si por ventura, no sacudía su pereza, sulfurábase el Almirante hasta el punto de caer sobre la pícara tortuga y llevarla al puerto, dando el gran estimulador de velocidades amarraba sus bajelos. Una vez allí, quedaba el barco ajeno cuidadosamente conservado, hasta que sus armadores iban a reclamarlo. Cosa que nunca hacían, dicho sea de paso.

Mientras tanto, y a fin de que el ocio no matase de aburrimiento a la tripulación del navío castigado, obligábala al Almirante a hacer ejercicio físico seguido de un baño. Era un pasatiempo divertidísimo, llamado en la jerga marinera «saltar el trampolín». Sin duda debía agradar a los saltarines, por cuanto ninguno de ellos formuló jamás protesta, grande ni chica, acerca del ameno juego.

Si los armadores se hacían esperar demasiado, poseído el Almirante de santa indignación prendía fuego al barco detenido. Con lo que se evitaba la pérdida del seguro.

Y así se deslizó la plácida existencia de este simpático lobo del mar. Pero llegó un día, ¡día nefasto!, en que vió interrumpida bruscamente su brillantísima carrera. Cogióle la muerte en la plenitud de sus funciones y de sus dignidades. La inconsolable vinda del grande hombre estuvo creyendo hasta el mismo instante de llamarla Dios a su seno, que, de interrumpirse la vida de su esposo, quince minutos antes, acaso podría haber resucitado el bravo marino el día del juicio final.

Carlos Enrique Twain vivió durante la segunda mitad del siglo XVII, y fué celo-

sísimo y famoso misionero. Dícese que convirtió diez y seis mil mahorfes, enseñándoles, entre otras varias cosas, que un collar de dientes de perro y unas gafas no constituían vestimenta adecuada para presenciar los servicios religiosos.

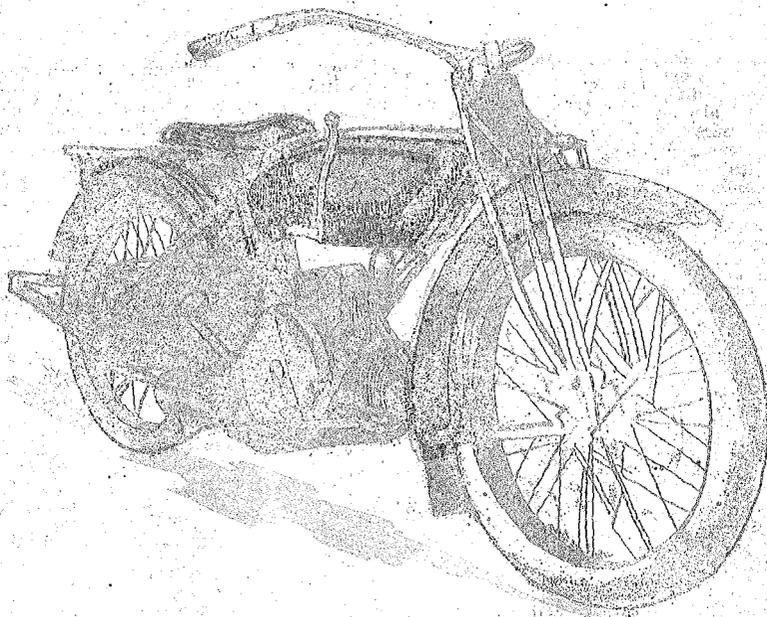
Aquella amable grey adoraba a su pastor. Cuando éste feneció, los diez y seis mil mahorfes salieron del banquete funerario llorando como un solo hombre, y diciéndose que jamás volverían a tener un catequista de tan buenas prendas personales; tan tierno y exquisito en todas sus cosas. Muchos mahorfes convenían, sin embargo, en que Carlos Enrique Twain había resultado poco misionero para tantos hijos espirituales.

Y aquí hago punto final. En cuestiones genealógicas es poco prudente meterse en biografías de antecesores ya muy cercanos. Es preferible proceder como yo he procedido; hablando vagamente de los antepasados lejanos, y luego pasar de un salto a los tiempos actuales. Ya en ellos, hablaré de mí.

Nací pequeño y sin dientes, circunstancia en que me han aventajado otras personas ilustres, entre ellas Ricardo III, quien vino al mundo con su dentadura completa. En cambio yo nací sin joroba. Y en esto aventajé al susodicho monarca. Mis padres no fueron ni muy pobres ni... Pero ahora caigo en que comparada mi biografía con la de mis antecesores habría de parecer pálida. Más vale dejarla para cuando me ahorquen.

Si algunas biografías de las que me ha tocado en suerte leer se hubiesen interrumpido en la espera de un suceso como al que acabo de hacer referencia, cierta mente hubiera tenido porqué felicitarse el público. ¿No les parece a ustedes?

La Harley Davidson



de medioduro es la motocicleta
ideal para viajar sola

Distribuidora

ALVAREZ & MORENO

o vito

